

Madame de Sévigné y algunos aspectos centrales del amor en la novela proustiana

Andrea Noelia Gómez¹

Podemos considerar que el personaje de Madame de Sévigné en *La Recherche*, ficcionalizado por Proust, puede dar cuenta de algunos aspectos centrales de la consideración del amor proustiano, específicamente en relación con el vínculo del héroe y su madre. La hipótesis que intentaremos sostener es que con la inclusión de las *Cartas* y citas de Madame de Sévigné Proust pone en crisis la figura de la madre, en lo que podría entenderse como una suerte de profanación de ese amor entre ambos que a menudo ha sido interpretado como el único amor puro de la novela. En una posible lectura intertextual de las *Cartas* se nos permitirá dilucidar ciertas *huellas* en el texto, es decir, como sostiene Genette, ver el texto en *relación manifiesta o secreta con otros textos* (1989: 9-10), esto nos habilitará a ver cómo la novela proustiana dialoga de manera sostenida con otros textos que la resignifican constantemente, estableciendo perspectivas de análisis de acuerdo al horizonte del lector. Asimismo, la invitación de la novela a hacer una lectura telescópica, es decir, poder ampliar escenas nos permitirá indagar en nuevos significados y representaciones. Se transforma de esta manera en una lectura sin fin, dando como resultando en un abordaje ya no en *primer grado* de la aparición de la figura de Madame de Sévigné y la relación con su hija, evidenciar la suspicaz consideración que el héroe tiene del vínculo con su madre, que será el modelo de amor que atravesará todos los amores proustianos en *La Recherche*.

¹Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata,

Madame de Sévigné cuyo verdadero nombre es Marie de Rabutin-Chantal, nace en 1626 en París, a los 18 años se casa con el conde de Sévigné, y tiene dos hijos, Francisca y Charles. En 1651 su esposo se bate a duelo por una amante, y muere. A partir de ahí Madame de Sévigné queda libre como cuenta ella misma en una carta dirigida a su primo “para experimentar todos los placeres”. En 1669, su hija se casa con el conde de Grignan quien debe mudarse a Provenza. El alejamiento de su hija es considerado por Madame de Sévigné como “la peor prueba de su vida”. Desde 1671 Madame de Sévigné envió cartas a su hija sin interrupción hasta su muerte en 1696.

Posteriormente, las *Cartas* fueron editadas en 1725, y en 1754 su nieta vuelve a publicar sus cartas seleccionando las que a su criterio tienen mayor expresividad literaria, y las que no comprometen a la familia. Finalmente en 1873 se encuentra un lote de cartas en un anticuario, entre las cuales se encuentran algunas de las cartas a su hija que sobrevivieron a la destrucción y ediciones a lo largo de ese periodo de tiempo.

En un artículo publicado en 1829 en la Revista de París, Sainte Beuve realiza una breve reseña incorporada en la edición de las *Cartas escogidas*, de 1944. En esta efectúa una semblanza de Madame de Sévigné respecto de su estilo y de la enormidad de su figura en el mundo social de la corte de Luis XIV, siendo esta conocida por su amistad con Fouquet, Madame de La Fayette, y siendo lectora asidua de Pascal, Rabelais, Montaigne, y Racine, entre otros. En este breve estudio, dice que se ha dudado de la ingenuidad de sus cartas como del amor de Madame de Sévigné por su hija. Pero según él, cuando se hacen estas consideraciones no se tiene en cuenta la época en que vivió, en la cual el ocio y el lujo posibilitaban un carácter de las pasiones particular. Dice que si bien ella amaba a su hija, el alejamiento era lo que había hecho que no tuviera otra cosa en que pensar, y que la mayoría de las conversaciones que tenía en la alta sociedad fueran en torno a su hija, era porque se había transformado para ella en un objeto de necesidad, como un abanico. Claramente la descripción que hace Sainte Beuve del amor de Madame de Sévigné por su hija es contradictoria, si pensamos en que nadie ama apasionadamente a un abanico, y se esfuerza por naturalizar un tipo de amor de madre que no se sostiene por una cuestión de época simplemente. Así, en una carta de Madame de Sévigné de 1667 a su hija puede leerse: “mi dolor sería bien mediano si pudiera pintárosle; no lo intentare tampoco. En vano busco a

mi hija: no la encuentro, y todos los pasos que da la alejan de mí” (2008: 78). En otra, enviada en 1671: “Yo os conjuro hija, a que conservéis vuestros ojos. En cuanto a los míos vos sabéis que han de acabar en vuestro servicio. Vos comprendéis bien, hermosa mía, que del modo con que me escribís, es preciso que yo llore al leer vuestras cartas”(2008: 86). “Para comprender algo del estado en que estoy, unid querida mía a la ternura y a la inclinación natural que tengo por vuestra persona, la pequeña circunstancia de estar persuadida de que vos me amáis, y juzgad el exceso de mis sentimientos. ¡Mala! ¿Por qué me ocultáis algunas veces tan preciosos tesoros? Tenéis miedo de que yo muera de alegría; ¿pero no teméis también que muera del disgusto de creerlo contrario?” (2008: 92).

En *En busca del tiempo perdido*, Madame de Sévigné es la escritora preferida de la abuela y de la madre del héroe. Cuando éste se muda a París y comienza a convivir con Albertina, hecho con el que no está de acuerdo, la madre, le envía cartas todos los días, en los que cita a Madame de Sévigné, recordando a la difunta abuela. En este brevísimo intercambio pareciera que la madre del héroe sí conoce la relación de Sevigné con su hija, y la relación la reproduce con su propia madre, no con él.

Es interesante la escena casi al final de *La Prisionera*, cuando temiendo los planes de que el héroe se case con Albertina, le envía una carta desde Combray, citando a Madame de Sévigné, aunque el héroe igual consiga “leerlo entre líneas”: “En cuanto a mí, estoy convencida de que él no se casará; ¿pero entonces porque perturbar a esa muchacha que no desposara nunca? ¿Por qué arriesgarse a que rechace otros partidos que solo mirara después con desprecio? ¿Por qué turbar el ánimo de una persona cuando sería tan fácil evitarlo?” (Proust, 2011: Tomo V, 225).

He aquí la presencia de un texto dentro de otro, es decir la relación de intertextualidad, en forma de cita. Si en diversas escenas las contestaciones que la madre le hace al héroe son citas específicas de las *Cartas*, y aparece en algunas conversaciones en los salones, el procedimiento con que se las incluye parece querer soslayar su rol de escritora, o deslizar que la escritora es una escritora menor, de lectura fácil, cuyos textos circulan entre mujeres mayores, iniciadas, que más bien la utilizan por cierta moda o impostura. En otros pasajes se la cita en relación a trivialidades, para opinar sobre una cena, por ejemplo. Sin embargo, en una conversación en el Hotel de Balbec, entre la

abuela, el barón de Charlus, Saint Loup, el narrador y la señora Villeparisis, se ilumina de manera más compleja el tratamiento que hacen los personajes de Madame de Sévigné. La Sra. Villeparisis le ruega al barón de Charlus que le describa a la abuela del héroe un castillo donde se habían alojado Madame de Sévigné y su hija, y en la misma conversación alude a la exageración de Madame de Sévigné por la ausencia de su hija. Ante esto el barón de Charlus le responde:

Nada, al contrario, me parece más cierto. Por lo demás, era una época en la que se entendían bien esos sentimientos. [...] Es tan hermoso lo que dice cuando se separa de ella: “Esta separación me causa un dolor en el alma, que siento como un dolor en el cuerpo. En la ausencia somos libres con las horas. Avanzamos en un tiempo al que aspiramos.” (2011: 350).

En este pasaje del segundo tomo, parecería quedar claro que los personajes de la novela ya sabían cuál era la relación entre Madame de Sévigné y su hija, la madre del héroe no la desconocería, aunque nunca hiciese alusión a ella de la manera problemática en que era tratada, Proust introduce en el diálogo de los personajes, de manera intertextual, aludiendo a ellas, es decir, presuponiendo un marco de comprensión en los participantes de la conversación como así también en el lector

“Una vez junto a su hija probablemente no tuviera nada que decirle”, respondió la señora de Villeparisis. [...] en cualquier caso, estaba junto a ella. [...] Tiene razón: “esa es la única felicidad” añadió el Sr. de Charlus, con voz melancólica, “y la vida es, por desgracia, tan injusta, que raras veces la saboreamos; Madame de Sévigné fue, en una palabra, menos digna de lástima que otros. Pasó gran parte de su vida junto a lo que amaba.” (Tomo II, 2011: 351). “Olvidas que no se trataba del amor, si no de su hija.” [Dijo la Sra. Villeparisis] (Tomo II 2011: 351). “Pero lo importante en la vida no es lo que se ame”, prosiguió con tono competente, perentorio, y casi tajante “si no amar” [Dijo el barón de Charlus] (Tomo II 2011:351).

Y prosigue:

Lo que Madame de Sévigné sentía por su hija puede pretender con mucha mayor razón asemejarse a la pasión representada por Racine en Andrómaca o en Fedra que las triviales relaciones del joven Sévigné con sus amantes. Como el amor de un místico a su Dios. Las demarcaciones demasiado estrechas, que trazamos en torno al amor, se deben tan solo a nuestra ignorancia de la vida (Tomo II 2011: 351).

Este marco de comprensión incluye las tragedias de *Racine Andrómaca* y *Fedra* cuyos temas referirán nuevamente a relaciones incestuosas. Es en la tragedia Fedra, de Racine, que podemos ver que existe otro momento que bajo una perspectiva a contraluz permite referir, esta vez de manera más directa a Madame de Sévigné considerada como una especie de Fedra. Como sabemos, Fedra se enamora de Hipólito, el hijo de Teseo con una amazona llamada Hipólita. En la obra de Racine, Fedra, creyendo que su esposo Teseo ha muerto, le confiesa su amor a su hijastro, quien se queda horrorizado. Posteriormente llegan noticias de que Teseo no ha muerto, y que además vuelve. Al volver, Eunone, la confidente de Fedra, ante el miedo de que Fedra se suicide, le dice a Teseo que Hipólito ha querido seducir a Fedra. Teseo, enfurecido, lo destierra.

Finalmente Hipólito muere en el mar. Fedra le confiesa a Teseo la verdad, después se suicida envenenándose. Claramente la referencia a esta tragedia en la conversación sobre Madame de Sévigné permite entrever la alusión a la madre que constantemente aparecerá en la novela y tendrá que ver con un vínculo de desmesura, de exacerbación, de irracionalidad y locura. En los ejemplos de *Andrómaca* y *de Fedra*, ambas madres están dispuestas a morir por sus hijos, aunque de manera diferente: Andrómaca para salvarlo de la muerte, Fedra por no soportar la culpa de haberse enamorado de él, y de que fruto de esta pasión irrefrenable, haya entregado a Hipólito a la furia de Teseo y desatado su fatal destino.

Podemos entonces establecer un contrapunto entre Madame de Sévigné y *Francois le Champi* en la novela. Según se viene sosteniendo, la presencia de las cartas de Madame de Sévigné en sus formas más o menos explícitas y literales, es decir en citas y en alusiones, dentro de la novela puede entenderse, en contraste, o a trasluz de la obra de George Sand, que aparece en el primer tomo y en *El tiempo recobrado*. Esta inclusión permite ver que subyace una

presencia constante del incesto,² como trasfondo de los vínculos extrapolados en referencia a la madre. Según sostiene el crítico Jean Rousset:

la pasión de madame de Sévigné está destinada, en la economía de la novela, a completar simétricamente el mensaje de *François le Champi*, con el objeto de subrayar el lazo que une al héroe con su madre y su abuela: un verdadero amor, apasionado y absoluto, al que destroza la ausencia; no se trata de un amor dichoso, pues no los hay, pero constituye el único amor en toda la obra proustiana que no resulta ilusorio, el único que asegura una comunicación real entre aquellos que se aman.³

El episodio del beso de la madre del primer tomo, va a establecer una relación entre el héroe y la madre como el modelo de amor que estará presente en el resto de los amores que aparecerán en *La Recherche*. Como sabemos, se da un día en que Swann va a cenar a la casa del héroe siendo este un niño, y teniendo que irse a dormir mientras todos están en el jardín de la casa, debe despedirse de su madre sin que esta le dé el beso de las buenas noches. Ante esto el héroe se descompone y a través de Francisca consigue que su madre acuda a su cuarto. Aquí el quebrar la voluntad de su madre va a ser visto por el héroe niño como un momento de profunda tristeza, dado a que experimenta por primera vez la vulnerabilidad de su madre, la posibilidad de su muerte. La madre le lee el cuento de George Sand *Francisco el expósito*. Este relata la historia de un niño adoptado por una familia de campesinos que se enamora de su madre adoptiva. A medida que este crece, también ella comienza a sentir lo mismo por él. Cuando su padre muere, retorna a su hogar, confiesa su amor a su madre y se convierte en su marido. Así el amor va a quedar ligado desde la infancia a la enfermedad y la búsqueda de pertenecer a un círculo que se le torna inaccesible durante toda la novela.

Contrariamente a lo que sostiene Rousset, que este amor maternal no será ilusorio, que se salvará de toda la decadencia de los amores de la novela proustiana, considero que la tesis de que este amor será el único amor abso-

² Para profundizar en esta cuestión se puede consultar *Incesto y palimpsesto en Marcel Proust*. De V. Guzzo. Actas de las IX Jornadas de Investigación en Filosofía, 2013. FaHCE-UNLP.

³ Citado por Analia Melamed en *En busca del tiempo perdido: una lectura sin fin*. III° Jornadas de Investigación en Filosofía ,2000. FaHCE-UNLP

luto, el único verdadero, está lejos de poder ser considerada así, por lo menos en el sentido en que él lo comprende es decir: no como lo comprendería Proust, donde los “verdaderos” amores en la novela sí serían amores perversos, degradados, que no se salvan de sí mismos. El vínculo con su madre aparece en estos episodios como subterráneo al texto, y puede considerarse como de naturaleza destructiva, sádica, y hasta pueden verse insinuadas relaciones incestuosas. Podemos decir que la aparición de las *Cartas* en la novela y sus citas, lejos de reivindicar la postura de su madre (que la considera una lectura “edificante” y que le da gran importancia a la escritora), puede ser tenida en cuenta como un acto de profanación de la figura de la madre y de su amor. La inclusión de las *Cartas* de Madame de Sévigné y la lectura de la novela de George Sand así como la referencia a Fedra, permite interpretar que el narrador da un giro respecto de esta consideración, que puede ser visto como irónico. Este revés que se produce al indagar sobre las múltiples escrituras y re-escrituras de los textos y de las referencias que el lector hace desde su propio horizonte, es el que permite mostrar otra particularidad de la manera en que lector es instado a ser un perseguidor de indicios, huellas, es llamado a armar conjeturas que nunca puede contrastar porque todas son válidas, porque no hay jerarquías en las interpretaciones, de ahí que las *Cartas* a primera vista son utilizadas por su madre de manera superficial, frívola, pero a medida que avanza la novela, a través de las conversaciones de algunos personajes con el personaje de la abuela y en diferentes escenas, se tematiza el vínculo problemático incestuoso de la escritora con su hija. Esto deja entrever que la madre del héroe no hace estas consideraciones o porque no lo sabe, entonces esta puesta en un lugar problemático como lectora, o porque no quiere, y queda del lado de la negación; y quizás hasta de la farsa. Podemos sostener que con este mecanismo Proust realiza una profanación de la figura materna. En este sentido ya había ocurrido con el padre en el episodio del tomo I de la hija de Vinteuil y su amiga, cuando estas son vistas por el héroe manteniendo relaciones en la casa del difunto padre, y en otros escritos de Proust tales como *Sentimientos filiales de un parricida*, y *Memorias de una muchacha* donde las temáticas del parricidio, el incesto y el suicidio aparecen como constantes asociadas a la imposibilidad de establecer relaciones amorosas por fuera de esta suerte de composición que combina deseo, criminalidad y locura, que lleva a la consideración de un fuerte escepticismo respecto de que exista una

salvación o verdad redentora posible en materia de amor.

Bibliografía

- Genette, G. (1982). Palimpsestos. En: *La literatura en segundo grado*. Editorial Taurus.
- Madame de Sévigné (1944). *Cartas Escogidas*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Melamed, A. (1997). Los amores perversos y la metamorfosis del arte. En: Moran, J. C. *Proust más allá de Proust*. La Plata: De la campana.
- Melamed, A. (2000). *En busca del tiempo perdido: una lectura sin fin*. La Plata, III Jornadas de Investigación en Filosofía - UNLP.
- Melamed, A. (1997). Recorridos del amor. En: J. C. Moran. *Proust más allá de Proust*. La Plata: De la campana.
- Moran, J. C. (1997). La crisis de la concepción del amor en el arte moderno. En: J. C. Moran. *Proust más allá de Proust*. La Plata: De la campana.
- Proust, M. (2004). *Por el camino de Swann. En busca del tiempo perdido*. España: Editorial Aguilar. Traducción de Pedro Salinas.
- Proust, M. (2004). *A la sombra de las muchachas en flor. En busca del tiempo perdido*. España: Editorial Aguilar. Traducción de Pedro Salinas.
- Proust, M. (2004). *La Prisionera. En busca del tiempo perdido*. España: Editorial Aguilar. Traducción de Pedro Salinas.